

CAMBIOS CULTURALES EN LA VIDA DIARIA, SÍNTOMAS DE LA CERCANA REVOLUCIÓN DE MAYO

DAISY RÍPODAS ARDANAZ

ripomar@yahoo.com.ar

Academia Nacional de la Historia
Argentina

Resumen:

Por los años que precedieron a la Revolución de Mayo, en Buenos Aires, Montevideo y hasta la conservadora Córdoba, ciertos elementos de la vida diaria, vinculados a escenarios, conversaciones y comportamientos nuevos, son síntomas y a la par agentes de cambios en la esfera política. Una moda más sencilla tiende a liberar el cuerpo de un estilo acartonado; la posibilidad de defender jurídicamente los matrimonios deseados u oponerse a los impuestos apunta a una libertad de cuerpo y alma; el intercambio de ideas, empezando a incluir los gobiernos europeos, el local y aun la temática religiosa, anuncia una incipiente libertad de expresión y, asimismo, una libertad de conciencia, nacida más de la tolerancia que de la irreligión. La presencia del “otro” –especialmente franceses e ingleses detenidos largas temporadas en los puertos– invita a preguntarse por el “nosotros”, variable durante la crisis prerrevolucionaria, así no cambie el escenario natural, que se reviste de color local. No por casualidad, en plena Revolución, el Himno Nacional invoca triplemente a la “libertad” y presenta al “gran pueblo argentino” saludado por los extranjeros amigos encarnados en “los libres del mundo”.

Palabras clave: Libertad polifacética, Cosmopolitismo, Revolución de Mayo.

Abstract:

In Buenos Aires, Montevideo and Cordoba, before Revolution certain elements related to daily life – as new scenarios, conversations and behaviors – were signals of changes in political sphere. For example, a simple fashion or style, oppositions to imposed marriages or ideas exchanges over governments and religion show an emerging freedom of expression and freedom of conscience, born into tolerance. The “other”’s presence – especially those French and British people in ports – invites to ask about “us”. That’s why National

Anthem calls on “freedom” and presents “the great Argentinian Nation” recognized by foreign friends represented by “World’s free (people)”.

Keywords: Multifaceted freedom, Cosmopolitanism, May’s Revolution.

CAMBIOS EN LA CULTURA

La detección de los cambios culturales que coadyuvaron al movimiento de Mayo requiere transitar por la cotidianeidad de los años que precedieron a la Revolución, al acecho de novedades, tanto en las gentes que vivieron tales cambios y en los escenarios de su día a día como en sus conversaciones y en su comportamiento. No se trata, por ejemplo, de detenerse especialmente en un suceso notable y de obvia influencia como las invasiones inglesas sino de captar, a través de los cambios, la presencia incipiente de ciertos ingredientes que, a modo de levadura, actúan como fermento de la masa social.

Dirigiremos nuestra mirada a Buenos Aires y eventualmente a Montevideo donde, por su calidad –geográfica y social– de puertos, las novedades aparecen más temprano, sin olvidar catas en Córdoba, centro proverbialmente culto y, en general, reacio al cambio. Apuntaremos en nuestra búsqueda preferente aunque no excluyentemente a las “aristocracias” locales –abogados, eclesiásticos, burócratas, mercaderes– en cuanto más abiertas a lo moderno que los sectores populares.

Al núcleo de criollos y peninsulares distinguidos se suman, por una temporada o aun como residentes, personas de lugares más o menos lejanos de Hispanoamérica y, sobre todo, extranjeros. No son ya los portugueses de siempre –asimilados o asimilables– sino franceses e ingleses, de una cultura e ideología distintas, cuya estancia se señala privada y oficialmente con reiteración en los primeros años del XIX, aunque sin duda databa desde un tanto más atrás. Los conservadores observan el fenómeno con preocupación pero no pocos lo aceptan como algo normal. Una brizna de cosmopolitismo ha llegado, para no irse, a Buenos Aires y Montevideo.

Por esa misma época, se producen modificaciones en el aspecto de algunos y algunas elegantes. Abandonadas las pelucas, los hombres tampoco se empolvan los cabellos, que ostentan al natural; usan prendas más sencillas y prácticas como el “citoyen” –especie de casaca sin forro–, oriundas de Francia,

aunque confeccionadas con más livianos y sobrios tejidos de factura inglesa¹. Las damas a la moda, que durante el tardío XVIII habían gastado chaquetas o batas con polleras más bien amplias a la española, adhieren al estilo Imperio: porteñas, montevideanas y cordobesas lucen vestidos de una pieza con abundantes pliegues, escotes generosos, mangas breves y faldas estrechas hasta el tobillo; las telas leves y a menudo transparentes usadas en su hechura modelan como nunca el cuerpo, para asombro de los más y escándalo de los moralizadores, que las describen “casi desnudas desde la cintura a la cabeza”². El traje, esa segunda piel, más o menos aparatoso y envarado de uno y otro sexo, se va pues transformando según el dictado de la moda y en consonancia con las teorías de los médicos higienistas ingleses, en pro de una mayor libertad de quienes lo llevan. Por otra parte, esa relativa simplicidad del vestido, en consorcio con la habitual tendencia de las gentes del común a imitar a los del grupo distinguido, se traduce en una cierta homogeneización, un cierto parecido en el atuendo, más allá de las diferencias sociales, económicas y aun, a veces, cromáticas³.

Y no sólo se vestían como en París y con tejidos de Londres aquellos que estaban “aggiornados”. En las mesas de las casas porteñas de posibles “había una mezcla de comida española y francesa”, acaso favorecida por Mr. Ramón, un francés que servía por encargo comidas a domicilio, y que también enseñaba a prepararlas a los esclavos domésticos que los vecinos le confiaran con ese objeto⁴.

La vida cotidiana transcurría, ya, como desde siempre, de puertas adentro; ya, cada vez más, de puertas afuera.

Por los días del Virreinato, en la intimidad de algunos hogares se sopor-tan tensiones que hasta entonces no habían existido o, por lo menos, no se

¹ MARÍA MARGARITA ROSPIDE, “Indumentaria y moda”, en: NELLY RAQUEL PORRO, JUANA ELOÍSA ASTIZ y MARÍA MARGARITA ROSPIDE, *Aspectos de la vida cotidiana en el Buenos Aires virreinal*, t. 8, v. 2, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1982, pp. 351, 365-366.

² *Ibidem*, pp. 356-359; CRISTÓBAL DE AGUILAR, “Los niños y los locos dicen las verdades”, en: CRISTÓBAL DE AGUILAR, *Obras*, t. 2, Madrid, Atlas, 1990, pp. 46-47; DAISY RÍPODAS ARDANAZ, “Los Reales retratos del cabildo de Montevideo (1808)”, en: *V Congreso de Americanistas*, t. 1, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Americanistas, 2005, p. 268.

³ ROSPIDE, *ob. cit.*, pp. 370-375.

⁴ JUANA ELOÍSA ASTIZ, “Alimentación”, en: PORRO, ASTIZ y ROSPIDE, *ob. cit.*, t. 8, v. 1, p. 280; MARIQUITA SÁNCHEZ, *Recuerdos del Buenos Aires virreinal*, Buenos Aires, ENE, 1953, p. 27. En Córdoba se hablaba —sospechamos que burlescamente— de platos foráneos como “sopa a la francesa”, “fricasé a la italiana” y “ensalada a la flamenca”: cfr. CRISTÓBAL DE AGUILAR, “Diálogo entre don Prudencio y doña Escopeta”, en: AGUILAR, *ob. cit.*, t. 1, 1989, p. 64.

habían exteriorizado. En el marco de una nueva legislación real sobre el matrimonio de los hijos de familia aplicada en América desde 1778, jóvenes de ambos sexos resisten ostensiblemente, por primera vez, la autoridad paterna. La nueva legislación, llamada a afirmarla, no logra sino enconar una brecha generacional, nacida en más de un caso de que una niña prefiera a un criollo veinteañero en vez de un peninsular cincuentón, no sin ganarse el renombre de “invicta americana”. Los demás hijos de familia, e incluso personas maduras de diversa condición, entre quienes se cuenta un obispo de Buenos Aires, miran con simpatía esos conatos en procura de una libre elección de cónyuge⁵.

Por lo que atañe al trato social, de puertas adentro se desarrolla la tertulia privada: como ámbito compartido por caballeros y damas para conversar, jugar a los naipes y hacer música, surge en Buenos Aires hacia la segunda mitad del XVIII⁶. De puertas afuera, si bien calles y plazas siguen siendo sitio de reunión en ocasiones especiales, a lo largo de los años virreinales aparecen los cafés y las alamedas, lugares de distintas características pero igualmente convocantes. En Buenos Aires —sin que falte alguno en Montevideo— van abriendo sus puertas un número considerable de cafés donde, además de la aromática infusión, se sirven bebidas y confituras, hay billares y periódicos a disposición de los parroquianos y —lo más importante— donde, al calor de las humeantes tazas, se crea un clima propicio a la conversación y nace una tertulia exclusivamente masculina, al margen de las limitaciones domésticas⁷. Charlas al aire libre, con asistencia de ambos sexos y público variopinto, se anudaban en las alamedas de Córdoba y de Buenos Aires, inauguradas por el marqués de Sobremonte —en su respectiva calidad de gobernador y de virrey— a comienzos del siglo XIX para saludable recreo de los vecinos, gratificados

⁵ DAISY RÍPODAS ARDANAZ, *El matrimonio en Indias: realidad social y regulación jurídica*, Buenos Aires, Fecyc, 1977, pp. 37-44, 266-269.

⁶ JOSÉ ANTONIO PILLADO, *Buenos Aires colonial: Edificios y costumbres*, v. 1, Buenos Aires, 1910, pp. 211, 217-225, 232-233. En el Buenos Aires de 1705, un joven vinculado al Asiento francés se lamenta de la ausencia de sociabilidad: cfr. ANÓNIMO FRANCÉS, “Diario de un viaje... con una descripción... de Buenos Aires y de otros lugares, comenzado en 1702 y concluido en 1706”, en: DAISY RÍPODAS ARDANAZ (ed.), *Viajeros al Río de la Plata 1701-1725*, Buenos Aires, Union Académique Internationale-Academia Nacional de la Historia, 2002, p. 101.

⁷ Sintomáticamente, el anuncio de apertura del café de Marcó incluye la noticia de contar con “un hermoso salón para tertulia”. Véase *Telégrafo Mercantil*, Buenos Aires, 3 de junio de 1801, reimpresión facsimilar, t. 1, Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática Americana, 1914, p. 182; JOSÉ TORRE REVELLO, “El café en el Buenos Aires antiguo”, en: *Logos* 4, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1943, pp. 228-230; WILLIAM GREGORY, *El diario de un misionero cautivo 1798-1799*, Buenos Aires, Senado de la Nación-Academia Nacional de la Historia, 1996, p. 113.

con la sombra acogedora de sus árboles, el murmullo de sus fuentes y la invitación al reposo de sus bancos⁸.

¿Qué temas se ventilan en estos espacios abiertos? Amén de los sólidos comentarios sobre vidas ajenas —ahora enriquecidos por las situaciones extremas dimanadas de la oposición judicial de los padres a los matrimonios de sus hijos—, se tejen animadas conversaciones, y aun se encienden polémicas, bien sobre cuestiones relativas a la cosa pública local y metropolitana, bien sobre materias atinentes a la religión. El espíritu crítico —certero o desviado— de algunos de los interlocutores se ha formado mediante serias lecturas pero el de los más proviene, y a la par se alimenta, de la frecuentación de los periódicos y de las noticias y comentarios escuchados silenciosa y admirativamente al patrón de un barco inglés, que viene a Buenos Aires “siempre cargado de gacetas” y trata de “los asuntos políticos y comerciantes”, o a “un peluquero francés, que [...] estará hablando horas y horas de revolución, de guerra y bellas artes”, según presenta a uno y otro la carta de un lector del *Telégrafo Mercantil*⁹.

En la esfera de la *res publica*, en todo tiempo se opina acerca de los juicios y providencias judiciales¹⁰; pero, según el momento y al compás de los sucesos, van cambiando los objetos preferidos de las disquisiciones. Por un lado, discusiones en torno a enfrentamientos de distinta índole, ya entre el obispo y un canónigo, ya entre el Cabildo secular y determinados oficiales¹¹; por otro, en un terreno altamente riesgoso, comentarios e interpretaciones llamados a formar opinión, tras la reconquista de Buenos Aires, y, posteriormente, sobre la situación de España bajo la garra napoleónica. A peroraciones escuchadas

⁸ JOSÉ M. MARILUZ URQUIJO, “Una descripción del paseo de la Alameda (1804)”, en: *Historia* 1, Buenos Aires, 1955, pp. 153-155; CRISTÓBAL DE AGUILAR, “Elogio hecho al magnífico Paseo del estanque y alameda que tiene esta ciudad de Córdoba”, 14 de febrero de 1806, en: AGUILAR, *Obras*, cit., t. 1, pp. 79-94.

⁹ Diego Solance a D. Patricio Colon, en: *Telégrafo Mercantil*, 2 de mayo de 1801, reimpr. cit., t.1, pp. 106-107.

¹⁰ El obispo Manuel de Azamor y Ramírez a la Real Audiencia, Buenos Aires, 24-XII-1793, en *Revista de la Biblioteca Nacional* 4 (16), Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 1940, p. 615.

¹¹ Diferencias en materias de Derecho canónico, por los años 80, entre el obispo Malvar y Pinto y el canónigo Maziel. Véase Malvar a la abadesa de las capuchinas [1783], Archivo General de la Nación (Buenos Aires), Biblioteca Nacional, leg. 178, doc. 764. Actitud descortés de un oficial hacia el Cuerpo capitular el Jueves Santo de 1805 y expresiones poco decorosas de otros que la han divulgado en los cafés. Véase Acuerdo de 17-IV-1805, en ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires*, serie 4, t. 2, Buenos Aires, G. Kraft, 1926, p. 64 y TORRE REVELLO, *ob. cit.*, pp. 231-232.

en el café de Marcó se atribuyó la agitación del pueblo que, reunido en las galerías del Ayuntamiento cuando el cabildo abierto de 14 de agosto de 1806, pedía con instancia que recayera en Liniers el mando de las armas que tenía el virrey¹²; a discursos promovidos en los cafés se adjudicaron a finales de 1809 las interpretaciones malignas de las noticias oficiales sobre la metrópoli y la difusión de otras adversas, así como la censura de las disposiciones del Gobierno, con la consiguiente repercusión en el pueblo que frecuentaba las pulperías, esa suerte de cafés *avant la lettre* de los pobres¹³.

En la esfera de lo sagrado, se debaten a menudo puntos de doctrina y se echan por tierra, sin alegar razones sólidas, los principios de la religión:

Las conversaciones y las disputas sobre el clero y la religión —recuerda un joven contestatario de comienzos de siglo— ya ni se tenían en secreto, ni se reducían al círculo del café de *Monsieur Ramon*. Cuando la ocasión se presentaba, lo que sucedía muy a menudo, se hablaba francamente en los cafés o en las calles, en los cuarteles, en los estrados a presencia o en ausencia de los padres de familia, sobre puntos de dogma,

y se solía negar la existencia del infierno, con el consiguiente desprecio, en vista de la ausencia de castigos, de los mandamientos de la Iglesia. Motivos tenían los hombres maduros para preocuparse y suponer, como un comerciante catalán que “desde que en esta ciudad se ha dado entrada a extranjeros, se han perdido las costumbres, la religión y el sosiego”¹⁴.

Sin embargo, la mayoría de las veces, el trato con extranjeros no impulsa a la irreligión. Al lado de quienes los miran con recelo, hay quienes, consi-

¹² Congreso general de 14-VIII-1806, en ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *ob. cit.*, t. 2, pp. 265-269; La Real Audiencia al virrey Sobre Monte, Buenos Aires, 23-VIII-1806, en JUAN BEVERINA, *Las invasiones inglesas al Río de la Plata*, t. 2, Buenos Aires, Círculo Militar, 1939, pp. 265-269; IGNACIO NÚÑEZ, *Autobiografía*, prólogo de JUAN ISIDRO QUESADA, Buenos Aires, Senado de la Nación-Academia Nacional de la Historia, 1996, pp. 143-144; BEVERINA, *ob. cit.*, pp. 18-22, 32-33; TORRE REVELLO, *ob. cit.*, p. 231.

¹³ Instrucción para los alcaldes de barrio del virrey Cisneros, Buenos Aires, 23-XI-1809, en FRANCISCO L. ROMAY, *Antiguos servicios policiales*, Buenos Aires, Biblioteca Policial, 1939, pp. 110-121.

¹⁴ NÚÑEZ, *ob. cit.*, p. 135; Francisco Antonio de Letamendi a Ambrosio Funes, Buenos Aires, 26-VI-1803, en ENRIQUE MARTÍNEZ PAZ, *Papeles de Ambrosio Funes*, Córdoba, Bautista Cubas, 1918, pp. 108-109; JOSÉ SERRA Y VALL, *Colección de versos (Buenos Aires, 1807-1810)*, edición y estudio preliminar de DAISY RÍPODAS ARDANAZ, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2000, p. 201; FRANCISCO BRUNO DE RIVAROLA, *Religión y fidelidad argentina (1809)*, edición y estudio preliminar de JOSÉ M. MARILUZ URQUIJO, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, 1983, pp. 97-99.

derándose católicos pero no fanáticos, respetan la disidencia ajena. En 1799, numerosos habitantes de Montevideo asisten con circunspecta curiosidad al bautismo del hijo de un pastor protestante nacido en las cercanías de la ciudad, donde sus padres se hallaban accidentalmente¹⁵: es muy probable que hayan sido testigos de una ceremonia celebrada por primera vez en público en la Hispanoamérica colonial. La tolerancia de unos y la impiedad de otros, si bien de distinto signo, son por igual fruto —no importa si sazonado o no— de la libertad, libertad de conciencia y libertad de expresión.

La presencia del “otro” —para el caso, el extranjero— al alimón con el espíritu crítico invita a preguntarse por la propia identidad. Sabido es que la definición del “sí mismo” o del “nosotros” cultural implica la comparación con los valores y características de los “otros”. El resultado suele ser un discurso diferenciador, formulado tanto por intelectuales como por gentes del pueblo, cada cual en su medio y a su modo.

En el Buenos Aires del temprano Virreinato, y a lo largo de quince años, un grupúsculo de intelectuales —entre ellos, Juan Baltasar Maziel y Manuel José de Lavardén— empuñaba una pluma satírica, con sus gotas de pigmentocracia, en defensa del pueblo porteño, tildado de “incivil” pese a ser del linaje de “la civil España”, por Juan Manuel Fernández de Agüero, clérigo limeño mestizo, residente en la capital del Plata¹⁶. A su turno, en las postrimerías virreinales, los integrantes del cuerpo de patricios sólo sentían “como iguales” a los cuerpos españoles europeos¹⁷. Sin embargo, dado que en tiempos de crisis las categorías no son nítidas ni estables, por esos mismos años, se invierten tales apreciaciones. Desde otra perspectiva, en varias páginas del *Telégrafo Mercantil*, los de fuera del Virreinato del Río de la Plata se inscriben en el “nosotros” en cuanto americanos¹⁸, mientras que, para Félix de Azara, aragonés de larga residencia en el Plata, el “otro”, en el sentir de los hombres y mujeres criollos, es el español europeo, así sea éste su padre o su marido¹⁹.

¹⁵ GREGORY, *ob. cit.*, pp. 109-115.

¹⁶ MARÍA LUISA OLSEN DE SERRANO REDONNET, “¿Quién fue el poeta limeño satirizado por Lavardén? Enfrentamiento con el Parnaso de Buenos Aires”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* 17, 27, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1982, pp. 239-248.

¹⁷ NÚÑEZ, *ob. cit.*, p. 153.

¹⁸ “Carta de D. Patricio Colon al Editor”, en *Telégrafo Mercantil*, 2 de mayo de 1801, p. 107. [Nota del Editor], en: *Telégrafo Mercantil*, 15 de agosto de 1801, reimpr. cit., p. 351.

¹⁹ FÉLIX DE AZARA, *Viajes por la América Meridional*, traducción y noticia preliminar de Francisco de las Barras de Aragón, t. 2, Madrid, Espasa-Calpe, 1941, pp. 178-179.

Marcado su propio espacio respecto del “otro” –sea quien fuere–, los porteños posan una mirada complacida en la parcela que les pertenece, descubren y ponderan lo suyo: el Paraná de Lavardén se puebla de caimanes y adorna con camalotes; en las fábulas de Azcuénaga caben desde un caburé a una cotorra, pasando por un ombú frondoso. La identidad cultural, sedicente “argentina”, se viste de color local²⁰.

En suma, los cambios en la cultura favorables a una salida separatista que hemos recordado implican tanto una creciente vocación por la libertad y un tímido paso hacia la igualdad, como una afirmación de la propia identidad, vinculada a una aceptación del extranjero con sus puntas de cosmopolitismo. No parece casual que, ya en plena Revolución, se hayan incorporado al Himno una triple invocación a la libertad y un ensalzamiento de la igualdad, que el “gran pueblo argentino” se constituya en referente de la identidad, ni que los estimados extranjeros, bajo la forma de “los libres del mundo”, sean quienes le dan la bienvenida a su recién estrenada condición.

Con una grandilocuencia al uso, se ponía así de manifiesto la conciencia de que ciertos ingredientes del diario vivir habían operado o, mejor, estaban operando como eficaces agentes de cambio en la esfera política.

²⁰ MÓNICA P. MARTINI, *Francisco Antonio Cabello y Mesa, un publicista ilustrado de dos mundos (1786-1824)*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones sobre Identidad Cultural, USAL, 1998, pp. 176-178.